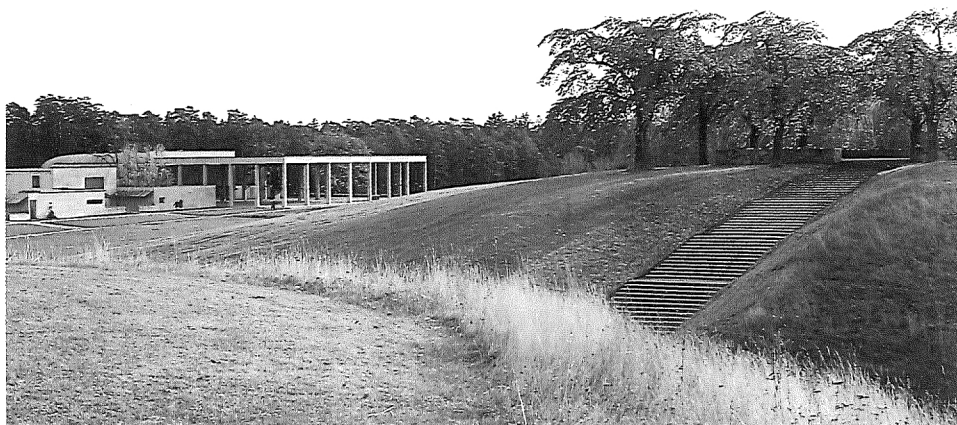


Luis Moreno Mansilla El lento alargarse de las sombras.

¿Son las ciudades como se dibujan? Uno puede enmarcar el paisaje, como hacen los pintores, juntando las puntas de los dedos pulgar e índice de las dos manos, que dejan entre sí un pequeño hueco, y distanciar más o menos esa ventanita del ojo. En Estocolmo

hay que apretar mucho los dedos, para que la ventana se alargue, y tome un formato apaisado, a la vez que se acerca mucho al ojo, como si en realidad nos alejáramos. Quizás en otro lugar, al sur, uno puede atrapar el aire desde cerca, o a media distancia. Aquí no: para dibujar hay que alejarse, como si los ojos estuvieran acostumbrados a enfocar lejos. La dimensión vertical del papel pierde importancia, al contrario de lo que ocurre cuando retratamos personas, y los extremos laterales del papel se agigantan y nos miran con inquietud. Hay ciudades que se recuerdan en vertical, otras en formato cuadrado, quizás algunas como imágenes superpuestas. Pero Estocolmo no se puede recuperar del recuerdo, como quien quita el



Eric Gunnar Asplund y Sigurd Lewerentz, *Cementerio del bosque*, Estocolmo, 1920-1933

30 vaho de un cristal, si no es en
P apaisado. Creo que es hermoso
A tener que girar la cabeza para
S recordar una ciudad.
A Y al cerrar los ojos ¿Qué se ve?
J Sólo perfiles y colores opacos
E entre sus islas. No hay casi
S sombras, por la luz sedosa; es una
luz que acaricia, que no arrincona
a quien se atreve a interponerse en
su camino. La arquitectura, por

ello, es casi lisa: se deja abrazar.
Así que los colores son masas,
pinceladas de brocha plana y
gruesa de tierras, desde el amarillo
al ocre, a los tostados, un rojo
oxidado, desde luego el blanco.
Pero hay que dejar aparte las
acuarelas; aquí no hay nada
transparente, ni tampoco matices:
necesitamos unos colores sólidos,
quizás óleo, gouache, colores

planos, casi extendidos con
espátula.
Si uno es afortunado y vive uno de
esos días en los que el mar, entre
las catorce islas de la ciudad, se
congela, puede pasear entre ellas,
como si fuera un personaje bíblico.
Entonces se ve la ciudad como
hileras de personas que nos miran,
apretados hombro con hombro, y se
forma el único espacio público de

la ciudad –no hay otro. Una
tersura plana, de muralla, que hace
comprensible, evidente, el deseo de
manifestar una profundidad que en
la ciudad no existe.
Creo que esto es lo esencial de la
arquitectura de Asplund y
Lewerentz: la necesidad de jalonar
un espacio homogéneo de agua y
nieve, de acotar el terreno para
que pueda ser abarcado, de medir

un mundo que se resiste en su continuidad a ser troceado, como se resisten los bosque y los lagos de Suecia. Es una arquitectura magnética, que nos obliga a acercarnos, a tocar sus materiales, a establecer un vínculo entre nuestro gesto de usarla y el trabajo de quien la talló. Y al colocar un espacio tras otro, se dibuja una cierta profundidad, un sucederse de

las cosas, que quiebra el monótono discurrir del tiempo. Una profundidad y una cercanía que logran empañar esa sensación exasperante que nos envuelve en los interminables días del verano nórdico, cuando el lentísimo alargarse de las sombras deja ralentizado el tiempo, como si las horas transcurrieran un poco más despacio. El tiempo se vuelve entonces inmenso, un océano de segundos contra el que braceamos inútilmente y, de un modo incomprensible, apenas nos viene a la mente la cortedad de nuestras vidas...o, para no ponerse tan dramático, la brevedad de esta visita a Estocolmo.



Sigurd Lewerentz, *Iglesia de San Marcos*, Estocolmo, 1958